

nas mentiras que se creen más fácilmente que otras verdades; y cuanto el lobo en su propia piel y figura es más diferente de la oveja, tanto es más peligroso el engaño que pueden hacer los lobos si se disimulan y encubren con pieles de ovejas; porque tanto más nos aseguramos que no serán lobos, cuanto están más lejos de parecerlo; y este mismo peligro hay cuando Satanás se transfigura en ángel de luz, y los vicios se esconden debajo de la semejanza de la virtud, engañando con esto los buenos deseos de algunos devotos poco discretos, no bien instruidos y mal ejercitados.

Entre estos engaños, ¿qué otros medios se pudieran dar para insistir en las verdaderas virtudes como el amor de la pobreza y de las deshonras de Jesucristo? Del cual amor de la cruz huyen los demonios, nuestros enemigos y engañadores, como de la misma cruz, y con él se deshacen todas sus mentiras y engaños, como las tinieblas se desaparecen delante de la luz. Y es así, como veremos en su lugar, que una de las señales más ciertas para reconocer las ilusiones del demonio y las inspiraciones divinas, es ver si inclinan á soberbia ó á humildad, á estimacion propia, ó desprecio de sí mismo, á buscar la honra y alabanza humana, ó á huir de ella; y aquel espíritu está más seguro de ilusiones, que se inclina más á la pobreza y á la humildad, y huye de las riquezas y honras mundanas. Y si advertimos con atención en las historias de los siglos pasados, y en los ejemplos de nuestros tiempos, hallaremos que en los que han sido engañados ha precedido por la mayor parte dureza de juicio, poca sujecion al parecer ajeno, amor de la singularidad, que todas son señales de secreta soberbia, y renuncios de ciertas caídas. Porque así como en los movimientos naturales, ninguna cosa cae sino de lo alto;

así es en lo espiritual, como está escrito ¹: «Antes de caer se levanta el espíritu, y antes de hacerse pedazos precede la soberbia, y antes de la gloria precede la humildad.»

CAPÍTULO XIV.

QUE UNAS VIRTUDES HAY SÓLIDAS, Y OTRAS QUE NO LO SON
Y DEL REMEDIO PARA QUE LO SEAN.

PARA conclusion de este punto se debe advertir, que hay algunas virtudes que siendo verdaderas no son sólidas; y por esto dijo nuestro santo Padre ², que sepan los medios que darse pudieren para insistir en las verdaderas virtudes y sólidas; y en otra parte dice ³: y así parece que á una mano debe procurarse, que todos los de la Compañía se den á las virtudes sólidas y perfectas: de donde se saca, que por ventura entiende lo mismo el Santo por virtudes sólidas que por virtudes perfectas y robustas, y que han llegado, como si dijésemos, á la edad varonil. Porque así como los niños son verdaderos hombres en su especie, pero no tienen aquella fuerza ni aquella perfeccion y solidez que tienen los varones; así hay algunas virtudes aunque verdaderas pero flacas, añiñadas, imperfectas, regaloncillas, criadas con el regalo de alguna devocion y consuelo sensible, el cual si les falta, desma-

¹ Prov. XVI, 18; XV, 33.—² P. III, c. 1, núm. 10.—³ P. 10, § 2.

yan con cualquiera contradiccion. De estos tales dice bien uno ¹: «Jesucristo tiene ahora muchos amigos de su reino celestial, mas muy poquitos que lleven su cruz; tiene muchos que desean la consolacion, y muy pocos que quieran la tribulacion; muchos compañeros para la mesa, y pocos para la abstinencia; todos quieren gozar con Cristo, mas pocos quieren sufrir algo por él; muchos siguen á Jesus hasta el partir del pan, mas pocos están aparejados á beber el cáliz de la pasion; muchos honran sus milagros, mas pocos siguen el oprobio de la cruz; muchos aman á Jesus cuando no hay adversidad; muchos le alaban y bendicen en el tiempo que reciben de él algunas consolaciones, mas si Jesus se escondiese y los dejase un poco, luego se quejarían ó desesperarían, etc.» Por tantas y tan diferentes maneras, declara este santo, en qué consiste ser flacas las virtudes, y no ser sólidas, que todo se reduce á no tener firmeza para llevar el peso de la cruz: éstos son aquellos ² que oyen la palabra de Dios, y la reciben con gozo y alegría, pero no tienen echadas raices en el temor y amor de Dios, y como hombres temporales á tiempos crecen y ejercitan la virtud, y á tiempos vuelven atrás y la dejan; son buenos cuando les va bien, y si se levanta alguna tribulacion ó persecucion por serlo, luego se escandalizan; muy semejantes á la semilla que cae en tierra pedregosa, la cual como no alcanza tierra profunda, con el calor que recibe de la vecindad de las piedras nace presto, y presto tambien se abrasa con el calor del sol, y como no tiene raices, se seca. Así son las virtudes de algunos, que brotan presto con verdor y lozanía, ayudadas del calor de la devocion, y presto se secan con el ardor de la tri-

¹ Contemp. mundi, lib. 2, c. 11. — ² Math. XIII, 20, 21.

bulacion; y aunque son virtudes verdaderas para hacer, no son firmes y sólidas para padecer, ni lo serán hasta que lleven su fruto en paciencia ¹.

Y de aquí se sigue, que las virtudes para que sean varoniles, sólidas y perfectas, se han de fundar en el propósito de la pobreza y de la humildad, que es tanto como estar dispuestos con el deseo á sufrir injurias y afrentas, y falta de todas las cosas temporales; y esta es la causa porque nuestro santo Padre todo el ejercicio de las virtudes y el progreso de la via iluminativa le funda en la mortificacion de los apetitos sensuales, y en la imitacion de la cruz de Cristo, y en irse abrazando cada dia más estrechamente con ella, y por eso dice ²: *Que los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, mas aún haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano harán oblaciones de mayor estima y de mayor momento, etc.*, y porque esta mortificacion de sí mismo ha de ser á imitacion y en seguimiento de Cristo, por eso en el mismo ejercicio del rey temporal llama el Señor á todos, diciendo ³: *Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo; porque siguiéndome en la pena, tambien me siga en la gloria, conviene á saber: que quien quisiere venir conmigo, ha de ser contento de comer conmigo, y así de beber y vestir, etc.* Que todo es convidar á la imitacion de la pobreza, en la cual se fundan las verdaderas y sólidas virtudes.

De otra manera se puede decir tambien, que las virtudes no son sólidas, sino flacas é imperfectas, porque no tienen fuerza para conseguir el último fin de la bien-

¹ Luc. VIII, 15. — ² 2.^a Semana, Ejerc. del Rey temp. —

³ 2.^a Semana, Ibid.

aventuranza para que el hombre fué criado. Tales eran las virtudes que leemos haber tenido algunos gentiles, y las que tienen algunos cristianos cuando están en pecado mortal; las cuales en los unos por falta de fe y en los otros por falta de caridad, no son tan verdaderas ni sólidas virtudes, como lo resuelve santo Tomás, porque muy flaca es la virtud que no dispone al hombre bien, sino en una materia particular y en orden á un fin particular y no puede disponerle en orden á conseguir el último y bienaventurado fin para que fué criado, el cual no se puede alcanzar sin la verdadera fe y sin la caridad que se nos da por Jesucristo. Si aquellas son virtudes verdaderas que sanan nuestra naturaleza y la perfeccionan, ¿cómo la sanan si no es con la salud eterna? y ¿cómo la perfeccionan, si no llegan á cumplirle la inclinacion natural que tiene á la bienaventuranza? Las virtudes verdaderas hacen al que las posee justo y bueno, y si es justo no se le puede negar la entrada al reino de los cielos, el cual (como dijo el Apóstol ¹), es corona de justicia; y si las virtudes le hacen bueno, dará sin duda buen fruto, porque escrito está, que todo árbol bueno da fruto bueno ²: y el fruto bueno dice el Apóstol ³, que es la santificación, cuyo fin es la vida eterna; y si no es el fin la vida eterna, no es verdadera su santificación, ni pueden ser verdaderas sus virtudes, ni el fruto de este árbol puede ser bueno, y por consiguiente vendrá á ser cortado para el fuego. Porque la segur que está puesta á la raíz del árbol, no es para cortar los árboles buenos y que dan buen fruto, sino aquel árbol tan solamente que no diere buen fruto será cortado y echado en el fuego. Pues si todos los que les falta la verdadera fe

¹ II Tim. IV, 8.— ² Matth. VII, 17.— ³ Rom. 22.

y la caridad, son finalmente condenados al fuego eterno, síguese claramente que no daban fruto bueno, y que sus virtudes no eran verdaderas; porque las virtudes verdaderas no se contentan con otro premio, que con el de la gloria; pues como está escrito en el Salmo ¹: «El Señor de las virtudes, el mismo es el rey de la gloria.» Dáales Dios á los gentiles en premio de sus virtudes, como dice san Agustin, los bienes temporales de honra y de hacienda; porque virtudes tan flacas que no miraban á Dios como á último fin, ¿qué otra paga merecian sino los bienes de la tierra, que son perecederos y tienen fin? Pero los buenos cristianos á quien Dios ha descubierto bienes tanto mayores por medio de la fe, han de aspirar á virtudes más perfectas, que se funden en el desprecio de estos mismos bienes que los gentiles miraban como premio de sus virtudes.

Sea pues la conclusion de todo lo dicho en este discurso, que el que se ha de aprovechar en las virtudes sólidas y verdaderas, el primer paso que ha de dar, ha de ser el desprecio de las riquezas y de las honras, y el amor de las deshonras y de la pobreza é imitacion de Cristo nuestro Señor. Y siendo como es tan dificultoso distinguir entre las virtudes sólidas y verdaderas, y las fingidas y aparentes, este sólo propósito con que se hace uno superior á los bienes y á los males de este mundo, alumbra al entendimiento para reconocer los vicios, aunque vengan disimulados con apariencia de virtud, y esfuerza la voluntad para no dejarse llevar de fines siniestros y torcidos, y vence al espíritu malo, que ordinariamente nos engaña con la promesa de estos bienes, y nos turba y aflige con la experiencia de estos males. Y sobre

¹ Psalm. XXIII, 10.

todo, el ánimo ejercitado en despreciar estos bienes pe-
recederos y caducos, se esfuerza á desear los espirituales
y eternos uniéndose con su último fin por medio de la
fe y de la caridad, la cual es como alma y vida de todas
las virtudes, y que sin ella no se merece el premio de la
gloria; y por tanto el que quiere adelantarse en este ca-
mino, y ejercitarse con seguridad y con provecho en él,
ponga todo su cuidado y esfuerzo en el amor de la cruz,
y en la imitacion de la pobreza y deshonra de nuestro
Salvador, primero con el afecto, y despues con el efec-
to, cuándo lo pidiere la ocasion del mayor servicio y
gloria divina, como veremos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XV.

DEL TERCER GRADO DE LA VIA ILUMINATIVA, QUE ES LA
POBREZA Y HUMILDAD CON EL EFECTO.

VISTO habemos en los capítulos pasados, cuánto im-
porta para el ejercicio de las verdaderas y sólidas
virtudes, entrar por el camino real de la santa cruz, y
por el amor de la pobreza y desprecio de las riquezas,
por el desprecio de las honras vanas y amor de las in-
jurias de nuestro Salvador; mas porque este amor pocas
veces es verdadero cuando no se llega á la obra, resta
subir al tercer grado, que consiste en ejercitar con efec-
to la pobreza y la humildad.

Y hablando primero de la santa pobreza, á cuatro

cabezas se pueden reducir los casos en que se debe uno
esforzar á experimentarla en el efecto, y no contentarse
con parecerle que la tiene en el afecto. La primera es,
cuando uno, segun el consejo de Cristo nuestro Señor,
pudiendo lícitamente poseer riquezas en el mundo, re-
nuncia todas estas esperanzas de lo que puede adquirir,
antes lo que tiene adquirido lo vende y da á los pobres,
para seguir desnudo á Jesucristo desnudo. Lo cual es
propio de los que son llamados al estado de la perfec-
cion evangélica, en la vida y estado religioso, en el cual
debe uno estar con resolucion de no volver atrás, que
renuncie todos aquellos bienes que le pueden solicitar á
volver al siglo, y haciéndose pobre no le quede arrimo
ninguno ni esperanza de poder vivir en el mundo. Y así
como se cuenta del otro capitán, que en saltando en tie-
rra para hacer guerra á sus enemigos puso fuego á los
navíos para quitar á sus soldados toda esperanza de huir,
sino que se persuadiesen que habian de morir ó vencer;
así quiso Cristo nuestro Señor que los que le hubiesen
de seguir primero vendiesen todos sus bienes y los re-
partiesen por los pobres, de manera que ninguna espe-
ranza les quedase de volver á ellos; y el no hacerlo así
con efecto, es querer uno dar á entender que deja el
mundo y no dejarlo, y simular que cumple los consejos
evangélicos y no cumplirlos. Y como dice san Diadoco
á este propósito ¹: *Per simulationem obediendi mandatis
Dei, monitum salutare non audire*. Lo cierto es, que nues-
tro santo Padre puso en esto tanta fuerza con los que
habian de entrar en la Compañía, que pone admiracion.
Y no será fuera de propósito para reconocer el espíritu
que nuestro Señor le dió de santa pobreza, poner aquí

¹ S. Diadoch. cap. 65 et 66.